CONCHA ZARDOYA

LA HERMOSURA SENCILLA

POESIA

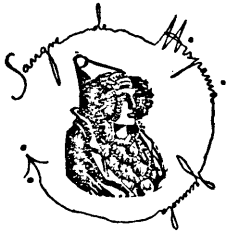
HISPANIC INSTITUTE
IN THE UNITED STATES
1953

LA
HERMOSURA SENCILLA

CONCHA ZARDOYA

LA HERMOSURA SENCILLA

POESIA



HISPANIC INSTITUTE
IN THE UNITED STATES
1953

Edición realizada por

JAIME VILLEGAS

para el

HISPANIC INSTITUTE

in the U. S.

—

Copyright 1953

—

Printed in Spain

A

JORGE GUILLÉN,

ahora y siempre.

LA HERMOSURA SENCILLA

Tus pasos de silencio nadie oye,
ni el aire de tu aliento por el mundo,
aunque las puertas abres con un signo
en la noche lustral de ciertos sueños.

No escuchan cómo avanzas por el humo,
desvanecido gris de lenta escoria
que en brazos de los cielos se disuelve.
No saben que Tú fluyes como el Tiempo.

Azulada tu sombra, a veces, surte
de los árboles bellos, de las flores,
exhalando un aroma delicado,
un perfume ya joven o vetusto.

A las cosas humildes tu presencia
incorpora beldad y mansedumbre,
sin pronunciar un nombre altivamente,
sin preguntar por qué se decoloran.

Si Tú no fueras aire, las campanas
no sabrían sonar. ¿Cómo podrían?
Si Tú no fueras luz, ¿cómo los vidrios
sabrían imitar la transparencia?

No estás sólo en los templos, Corzo Vivo.
También en las fontanas y en los bosques,
en las disueltas sangres de los lagos,
en los puros espacios de las almas.

Inmenso resplandor y pura música,
te llegas a los hombres en silencio.
A las entrañas llegas de la madre
y al vagido del niño más desnudo.

Nadie sabe que pasas con el viento
y que a veces nos cierras las ventanas
o las abres al soplo de la brisa,
fiel trasunto de ti o sólo huella.

Por cópulas y besos vas poniendo
ígnea marca de amor, de luz, de muerte.
Y tu viajar interno por las rocas,
las antiguas raíces y los pájaros,
nadie, Señor, presiente, nadie sabe.

LAS COSAS

LAS COSAS

El hombre las palabras,
¡oh cosas fidelísimas!,
para nombraros crea.
Y el hogar vuestro fuego
—sin vosotras, vacío—
le enriquece y le colma.
¡Cuántas noches, perdido,
sin vosotras, la muerte
buscaría su anhelo!
Nunca sabe si os ama,
mas con llanto pronuncia
vuestros nombres callados.

SILLA

En tu madera pobre
dibujas las siluetas
de los seres que habitan
esta vida sin tiempo.
El olor, el contacto
de la humana caricia
por tu cuerpo divagan.
Y los besos se adhieren
a tu oscura mejilla
ansiando concretarse.
Tú quedas, silla, triste,
soñando ser un árbol.

JARRA

GRÁCIL forma desnuda,
llena de agua, con flores
o la luz recogida.
¡Ah! Los labios sonríen
al saber que tu forma
hermosea la estancia
y los muebles tan mudos.
Tu perfil, cual un pájaro,
ya desvela el silencio
con la música leve
del cristal que te finge
brillos puros, errantes.

PLATO CON FRUTAS DE ESPAÑA

Las cristalinas uvas
—ya verdes o amarillas—
ciertas lágrimas fingen
en racimo que invade
esos dedos morenos
de los plátanos cálidos.
Una rosa manzana
su rubor ha esparcido
por la loza más nívea.
Y el aroma destella
su color y su tacto
en la mesa que duerme.

VELÓN

¡Como una rama, tú,
para la flor o el fruto
de la súbita luz!
Basta querer que brote
la llamarada en ti:
el universo nace,
por gracia de este amor,
latente, de la sombra.
¡Ya está aquí la verdad,
el perfil de las ánforas!
¡Un árbol, sí, un árbol
con una sola rama
nostálgica de sol!

CENICERO

AZULES arboledas,
huidizas nubes grises,
volátil rostro bello,
los pájaros sin forma,
nacen de ti, divagan,
y hasta la nada ascienden.
¿Los ojos? Extasiados.
Los paisajes del humo
son disuelta ceniza.
Y tú, barro, mayólica,
eres ya cementerio
de los sueños lejanos.

CAJA DE PORCELANA

Como un ojo cerrado,
no me miras: te miras
hacia dentro, ese mundo
de frescor y secretos.
¿Sus perfumes las joyas,
al soñar, te dejaron?
¿Eran alma escondida?
¿O recuerdas los dedos,
cual un arco rozando
el violín que inventabas
en tu mágica arcilla?
¿Tu crisálida encierra
una azul mariposa,
un gracioso minuetto?

ALCUZA

Tu humildad me arrebata,
oh mi alcuza, sabiendo
que en tu pecho remansas
una aguas remotas:
una fuerza secreta
que se dispara en chispas.
Eres madre callada,
una vida que ignoran
las miradas altivas.
Mas un chorro de ámbar,
oro puro exhalado,
ha de arder luminoso
en la fúnebre luna
que calientan las ascuas.

COPA

¡Batid las castañuelas!
¡Ardan los pies en llamas
y dancen o aleteen!
¡Ya airean los penachos
de la alegría en éxtasis!
Un gran mar sin confines
ha invadido las playas
de las sienes vibrantes.
Su marea recubre,
como un dios, el espíritu.
Su emanación, su lava,
va enturbiando los ojos
y la clara conciencia.
¡Oh! La sangre es un pájaro
que vuela al firmamento.

LA MANZANA PARTIDA

CUAL dos lunas brillando
en la noche del ébano.
Si vetas la madera
tuviese en sus entrañas,
esa luz de la fruta
revelara a mis ojos.
Mas dos lagos, dos círculos,
su claridad esparcen
y derraman cual nimbos.
Si un doble plenilunio
sobre la mesa reina,
mi corazón su dicha
recoge en el perfume
y luz que así destella
la partida manzana.

TAPIZ

El corno ha modulado
su vivo trino agudo.
Los caballeros surgen
del bosque más umbrío.
Las bellas amazonas
—frágilmente graciosas—
son flores delicadas
en los corceles negros.
Y canes ligerísimos
a las figuras siguen,
en galope y en ansia
de cazar a la cierva,
buena hermana del viento.

MINIATURA

Tu niñez azulada
cual un humo se pierde
en la bruma del tiempo.
Como un corzo asustado
has venido a mirarte
en mis ojos con lágrimas.
El dolor te sorprende
en un día sin fecha.
Proteger esa torre
de tu mundo querría,
despertar bellas músicas
para verte salvado.
Los colores se mueren
en la pálida sombra.

LÁMPARA

Esa verde corola
despierta los paisajes
plegados en los libros.
Disipa grises nieblas
que del alma surtían.
Anega los secretos,
precisa los contornos,
el azulado párpado,
el viaje de la sombra...
Y yo la miro erguirse,
brillar como una estrella
o luna a quien imita.

MESA

Un árbol sin follaje,
clavado en el silencio,
transido de nostalgias.
Ni cruz, ni poste erguido
en los abiertos llanos.
Ni féretro que llora,
sin luz, bajo la tierra.
Las frutas te recuerdan
otoños y veranos,
la delicada lluvia
que acarició las pomas.
Un blanco pan te brilla
cual la flor del manzano,
tiernamente dormido
como infante en su cuna.

ESTATUA

Te mueves, sí, te mueves,
cual rostro siempre vivo.
A veces, parpadeas.
A veces, te sonrojas,
cuando mis ojos saben
que hermosura trasciendes.
A veces, me recuerdas
antiguos pensamientos,
oscuros sueños tristes.

Hay noches, lentas noches
en que tú me pareces
un blanco lirio pálido,
un resplandor, un éxtasis.

CARDOS DE CASTILLA

¡HERMOSAS fortalezas!
¡Las almenadas torres
que el aire aquí no ofende!
No hay belfos sonrosados
para herir su balido
en las lanzas que claman
como gritos al cielo.
Ni leves mariposas
que dancen y os soslayen
en perfil de suspiro.

Sólo mis manos vuelan,
en clamor, suavemente.
Sólo mis dedos giran
como polen dorado
o caricia desnuda
que no teme a la espina.

AGUA EN EL VASO

No entre juncos destellas.
Aquí duermes, sin luna.
No es el césped ligero
que, en el río, a las guijas
el verdor de corona
en la frente les pone.
El cristal a tus hados
una tumba promete.
No irás lejos, dichosa,
hasta el mar, por los campos.

Ya los astros no brizan
tu fluir incansable.
Las inmensas visiones
que en los bosques tenías,
se ahogan en el límite
del vaso deslumbrado.

CESTA CON ROPA BLANCA

¡Aquí la nieve es forma!
Ni suave ni turgente,
la blanca rosa imita
el aroma y sus pétalos.
No hay cal en los pañales
ni en las bordadas cofias,
sino concreta espuma
que no ha de disiparse,
ni ha de absorber la arena,
ni ha de volar el viento.

La comba de una enagua
recuerda la cintura
de un pájaro-doncella.
Hay alas y alhelíes,
palomas que agonizan
en jaulas de corpiños.
Un invernal paisaje
soslaya mimbres puros.

CUADRO

El pinar nos preside con su sombra
los vagorosos días y los sueños,
brizando de hermosura el alma triste,
la pálida mirada de los ojos.
El cielo, entre el ramaje, aquí se asoma
y da su lejanía a pobres muros,
a desolados muebles prisioneros.
Y los árboles bellos reverdecen
la difunta esperanza que yacía
en el pecho, final y sepultada.

PAPELES DE MÚSICA

NOTAS blancas y negras
van después de la clave.
Cinco líneas exaltan
las suavísimas fugas,
los delicados trémolos.
¿Qué vibración, de pronto,
percute en el silencio
del mundo de las cosas?
¿Qué ráfagas de dicha
irrumpen en los quicios,
abriendo puertas ciegas,
las calladas ventanas?

¿Qué fluidez emerge
de los blandos bemoles,
del leve semitono?
¿Qué cataratas rugen,
airadas, despeñándose
de la pautada nieve?
¿Qué suspirar de amantes
y activos corazones
concierta los susurros
que brotan de un andante?
La partitura signos
convierte en clara música.

MUÑECA

Yo quisiera mentirme
y saber que eres hija,
inventándome en sueños
tu calor entrañable.
Si mis besos devuelves,
es muy fácil que sienta
el cariño materno
reavivado en mis brazos.
¿Tus pestañas imitan
mariposas clavadas
en los párpados yertos?

¿Insinúas sonrisas,
bella niña, a tu madre?
¿O mis ojos descubren
lo que anhela mi vida?
El corazón me llora,
sin engaño, en el pecho.

ÁLBUM

¡CUÁNTAS ciudades vivas
emergen de la nada!
Y los cielos se pueblan,
al mirarlos, de pájaros
y sinfónicas nubes.
El tiempo, aquí, revive:
cada instante pasado
bajo un árbol o torre,
vuelve a ser bien presente.
Otros ojos se asoman
a los míos brillando
como luz, como estrella.

¡Cuánta vida parada,
en su cauce, cual río!
Y hay columnas, cipreses,
raudo mar y jardines
que me apoyan de nuevo
y me orean la frente.

CARTAS

SOÑÉ que os levantábais
del papel congelado,
que savias inauditas
brotaban en relámpagos...
Y besos estallantes
ardían, alumbraban
mis ojos y mis sienes.
Las despiertas vocales
anudaban sonrisas,
y las eles, fluyendo,
exhalaban suspiros.

¡Vivas letras, abrazos,
los más suaves susurros!
El amor, libertado
de las cintas azules,
poderoso venía
hasta mí, cual océano.

MASCARILLA

¿DEBAJO de esa frente
qué luz suena profunda,
más allá del recuerdo
de la música viva
derramada en sus trémolos?
¿Otro *Claro de luna*
te ha nacido, vagando
en el bello paisaje
que rodea a los muertos?
¿O los astros irrumpen
en tus sienes, cantando
como ríos o mares,
pastoral sinfonía?

FLAUTA

Un silbo, dos gorgeos,
un trémolo... Ya nada...
La alondra se ha callado.
También la voz del viento,
la queja del pastor...
Si soplo con dulzura,
¿has de hablar, tú, siringa?
O muda, para siempre,
sin trino, sin rumores,
vano deseo mío,
¿serás labio sin música?
Ni silbo, ni gorgeo...
Pasivamente callas.

RELOJ

Tú nos mides la vida,
el amor y el deseo.
Como un ojo divino,
vigilando, transcurres
en la esfera del día.
Sin edad, tu mirada
yerta y fría se muestra.
De ti manan los años,
como un río, los siglos,
cada hora sencilla
y el más súbito instante
en que adviene la muerte.

FLORES SECAS

El monte y la dehesa
huelen aquí, dorados.
Remotos verdes lloran
la extinta Primavera.
Una morada cinta
reúne estos olores,
en ramillete bello
que el tiempo irá apagando.
(¿Así el amor se muere?)
¡Ay! Suaves tonos malvas
recuerdan los crepúsculos
que un día fueron míos.
¿Las yertas flores dicen
que todo es un scherzo
fugaz y transitorio?

LOS ANIMALES

LOMBRIZ

Ni espiral, ni una cinta
huída de la tierra,
en busca de la lluvia.

Sin ojos, retorcida,
mirándome—¿mirándome?—
los pasos y el sombrero.

¿Naciste de la hierba?
¿De un polvo que se escapa
ansiando ser ya vida?

¿O cuevas secretísimas,
oscuros laberintos,
ondulando, te envían?

¿De lodo, tú, gusano,
vivo recuerdo mío?
¿Origen de luciérnaga?

¿O eres mensaje, di,
de ciegos topos grises,
de anhelos sepultados?

Te han de pisar tal vez.
¿Serás un agua aún
que han de beber los pájaros?

ARDILLA

Con tu gracia de niña me sonríes,
sentándote en la hierba del verano.
¿Un parasol, la cola que has abierto?
¿Un guiño? ¡Ya no estás! ¡Ya no te veo!

¿Casi pájaro tú? Desde aquel árbol
me miras otra vez. ¿Vas a burlarte?
¿O cantarás quizá, ya convertida
en musical alondra de los cielos?

POTRO DEL OESTE

El Gran Cañón es órgano
para el galope alado
de tus cascos de vidrio
y el rumor de tus crines.

(Las aguas, allá abajo,
son tu espejo incansable:
tu perfil se dibuja
en su línea más bella.

¿Se ha borrado el plumaje
de aquel indio, más libre
que tu rauda carrera?
¿O su tumba es el cauce?)

Tus vitales relinchos
son hosannas, son trémolos
que repiten los aires,
allá arriba, en las rocas.

BUEY

El aire interminable no te acosa,
castrado buey sufriente, como al toro
que ayer fuiste feliz en la dehesa.

No te acosa—¿lo sabes?—, pues no embisten
tus yugadas espadas, tus dos astas,
silencioso animal, siervo del carro.

Y vienen los insectos a tu ijada
que herida siempre llevas y sangrante:
el mugido y la coz son tu defensa.

Tu ibérica testuz el leño humilla
en el triste corral de tu deshonra:
aquí paces, o lloras, o trabajas.

Tus ojos mansamente el cieno y polvo
contemplan sin alzarse al libre cielo,
doblegada por siempre tu cabeza.

(¡Cuántos hombres te imitan en el mundo!
¡En yugo, como tú, siervos de un amo!
¡Una misma corona es vuestra afrenta!)

¡Vuelve a ser toro, tú, altamireño!
¡Toro andaluz de sol y salmantino!
¡Serás ejemplo, al fin, de tristes pueblos!

GATO

Si curvado, retráctil, amenazas
—remoto leopardo, gris tigresa—
esa víctima tuya: suave pájaro,
tiernos ojos de niños, mariposas...

Cuando saltas, los muebles de madera
reviven sus recuerdos ancestrales,
creyéndose en un bosque milenario
que atacas en silencio y señoreas.

Si dormido, plumón, caliente lana,
engaño transitorio de otra vida
—¡oh dulzura de oveja!—que te sirve
artero cazador, cual una máscara.

PERRO

¡Casi humanos tus ojos! ¡Más que humanos
tus gestos y tus ansias, perro amigo!
¿Entre animales y hombres eres pacto,
transición de dos mundos que se tocan,
por encima de leyes y de especies?

Los niños, el anciano, las mujeres
existen para ti con fuerza viva.
Inmersos en tu alma en ella actúan
cual modelos o dioses. (¡Sí, nosotros,
tan malvados, tan locos o tan tristes!)

Sólo virtudes ves, exageradas,
en el amo que sigues y que admiras.
Vasallaje le rindes, servidumbre:
dichoso, te encadenas a su sombra,
a la morada angustia de sus días.

A veces, vas errante. Como huérfano,
necesitas del hombre activa ayuda.
Valerte por ti mismo has olvidado!
¡No eres libre, fiel can, pues has perdido
la innata independencia originaria!

Has salido de ti. ¡Aquel libérrimo
pasado de tu estirpe hoy rehuyes,
al adorar a un ser de otro linaje!
¡Apenas animal, apenas cánido,
entre serlo fluctúas y no serlo!

Una caricia, a veces, recompensa
tu amor—¿tu caridad?—. Que el hombre sufre
bien sabes por el llanto que rocía
esos dedos que buscan tu pelaje.
Se enternece tu alma y casi llora.

Y cuando muere él, su yerta mano
tu lengua con sus besos darle vida
en un postrero afán así pretende.
¡Ah, tus ojos, entonces, son humanos:
son los mismos del hombre que sufría!

Ya dejas de ser perro. Tu destino
es la concha vacía, abandonada.
Y rehusas el pan, el nuevo techo
que otra mano te tiende con dulzura.
¡Oh, quejas de dolor son tus aullidos!

Una tarde cualquiera te hallan muerto
al borde de la tumba del que amabas
o en el hueco que abriste entre sus hierbas,
en un rapto final de orgullo humano.
¡Ya eres libre, por muerte voluntaria!

LOS BOSQUES Y LAS MONTAÑAS

ANTEPASADOS

«El árbol me parecía un antepasado.»

FRANZ WERFEL.

¿ANTEPASADOS míos
esos árboles bellos?
¿Viejas sangres erguidas
en rumor, en follajes?
¿O, tal vez, patriarcas
de un pueblo transformado
en vegetal estirpe
asida a mis orígenes?
¿Las raíces nacían
en la tierra nutricia
de esta humana presencia
que visita los bosques?

¿Ciertos cantos de pájaros,
en las ramas de invierno,
son mis gritos de niña
al temer negras sombras?
No sé. No sé. Los amo
con amor religioso
y beso algunas hojas
que lavo con mis lágrimas.

PADRE

Sin follaje, sin nada,
en el suelo te posas.
No sé cómo te llamas,
árbol viejo, sin sombra.

Tus raíces se clavan
en la hondura remota.
Ni una hoja en tus ramas,
ni una flor, ni un aroma.

¿Pides nubes, guirnaldas?
¿Un verdor que no brota?
¿Avecillas lejanas
o la suave paloma?

Es invierno. Te alzas
dulce y triste, sin sombra.
Tiernamente mi alma
como a padre te invoca.

MADRE

¡VERDES caños, tus ramas!
¡Dulce leche, tu fruta!
¡Noble higuera, en el valle,
eres agua profunda!

¡Sin rumor, en la brisa!
¡Sin rumor, en la lluvia!
¡Cuán sencilla tu gracia,
ese bien que rezumas!

Te buscaban mis ojos.
Hoy te miro. ¿Me escuchas?
Ya te dejo mi boca...
¡Ciega sed de dulzura!

He bebido, cantando,
fresca savia que alumbra.
Viva luz por el labio,
hacia dentro se oculta.

Te proclamo mi madre.
Sangre arbórea que es tuya,
va por dentro del alma:
¡para siempre nos una!

ELEGÍA A UN MANZANO

(A Federico de Onís.)

FRÍA lluvia invernal bajó del cielo
para hacerte de vidrio y transparente:
tus ramas no eran ramas sino cuarzo,
un árbol de cristal eras tú mismo.

Mas el hielo pesaba... Como rocas
te pesaban los brazos, te pesaban,
y al fin se desgajaron de tu tronco.
Inválido quedaste y casi ciego.

La primavera vino. Aún tus hojas
volvieron a nacer tal otros años
en tu cabeza gris. Un solo brazo
elevaba al azul su tierno verde.

Mi corazón, feliz al verte vivo,
espiaba tus brotes cada día
y el leve despertar de cada hojuela,
abriéndose a la luz de la mañana.

Pero un viento sin nombre, huracanado,
a la ciudad llegó y a los jardines.
Volaban ya las flores como pájaros
y las blandas ramillas las seguían.

Veloces nubes negras se agolpaban
en furiosa disputa sin remedio.
Los aires tumultuosos combatían
para arrasar los bosques y los prados.

Uno de ellos, de pronto, alzó su cólera
contra ti, buen manzano aún herido,
golpeándote, golpeándote sin freno,
locamente azotando el débil ramo.

Un ruido sordo al fin... Al fin la hierba
dió regazo de paz a tu gran cuerpo,
derribada hermosura ya sin sombra.
Creí que habías muerto para siempre.

Y las horas pasaron. Tu follaje
crecía y recrecía iluminado
entre césped y blancas margaritas.
¡Imposible milagro de verdores!

¡Hojas nuevas brotaron de tu savia,
sin contacto ni abrazo con la tierra!
¡De ti mismo nacían flores puras,
irradiaba tu sien belleza póstuma!

¿Acaso nos darás, ya sin raíces,
sonrosadas manzanas en verano?
¿Es la postrera ofrenda que a la vida,
no queriendo morir, dejarle sueñas?

¿O un tornado maligno, por la noche,
se llevará las flores de tu frente,
las inéditas frutas, ilusiones
de ese último sueño indescifrable?

El secreto te callas. Hoy tu suerte,
al contemplar tu fronda sin destino,
huérfana ya de abriles y de mayos,
por ti me hace llorar pasivas lágrimas.

HOY DESDEÑO LAS FLORES

Hoy desdeño las flores
y ese dulce secreto
que se guarda en las frutas

Sólo busco las ramas
de algún árbol desnudo:
me señalan recuerdos.

En los troncos inscribe
el amor bellos nombres
que no borra la lluvia.

¡Cuántas veces brillaron
en las plácidas tardes
en que tú me besabas!

Y el ramaje del viento,
de los ojos extraños
nuestro bien escondía.

Nos cerraba en un círculo
de verdor extasiado.
¡Ah, qué olvido del mundo!

Hoy un olmo su mano
ha posado en mi frente:
¿no es la tuya que invoco?

Un olor a madera
corrobora el engaño...
Es un árbol clemente.

A UNA VIOLETA

El húmedo rocío vuelve estrella,
en matinales hierbas, tu corola.
¡Cuán suavemente brillas, melodiosa,
oh violeta silvestre, ante mis ojos!

Y me sonríes ya. La fresca dicha
de haberte hallado aquí, oh inesperada,
me llena el corazón, también los labios,
y mi alma se arrebata y se conmueve.

No me engañas, lo sé. Sólo eres bella,
tan bellamente malva, delicada,
levísima, sencilla, entre hojas verdes,
el encanto y orgullo de estos árboles.

Los caminantes pasan. No te han visto.
Nunca miran el musgo ni las flores.
Apenas saben si eres flor o mancha.
Mas yo quisiera verte con la aurora.

¿Mañana aún? ¿Vendrán nocturnos aires
a llevarte a la cima de la noche?
¿O la sombra, fantasma de la muerte,
desnudará tus leves, leves pétalos?

¿Mañana aún? ¿Oh, puede el raudo tiempo,
para ti, para mí, eternizarse,
en el feliz instante que vivimos?
¿Podré quedarme aquí, violeta mía?

¿He de irme y pasar como los otros,
oh morada belleza con perfume?
¿He de cruzarte yo bajo los cielos
y cruzar ante ti como la niebla?

¿Y, si espero y espero, di, efímera,
no he de verte morir cual muere todo?
(¡Todo lo hermoso muere y la esperanza!)
¡Ah, tú eres la delicia de los céspedes!

Mejor es que me vaya. No podría
saber que te cortaban o pisaban
los vientos de la muerte en el crepúsculo.
(¿Vendrá un ruiseñor a darte un beso?)

Me voy, me voy de aquí. No sé si lloro,
pero sufro por ti y por lo bello
que envejece y se anega en la gran sombra.
Porque el amor se va, estoy llorando.

EN DÓNDE, HIERBA MÍA, CUANDO NIEVE

¿En dónde, hierba mía, cuando nieve,
abrigarás tus briznas delicadas,
tus minúsculas flores y el perfume
que hoy me colman de dicha y de ternura?

¿En qué cueva sin nombre puede el musgo
imitar la belleza de tus prados?
¿En qué gargantas hondas puede el río
esconder tu primor sencillo y verde?

¿O los copos del cielo por amarte
recubrirán tu sien con puros besos
y cuajadas caricias, níveos goces?
¿Será la gran nevada tierna madre?

¿O estos árboles nobles tu hermosura,
con sus sabias raíces paternales,
raptarán hacia dentro? ¿Los gorjeos
del aire añorarás, en torno mío?

CON LAS PRIMERAS NIEVES

Con las primeras nieves las estatuas
recuperan el mármol que han soñado
bajo la suave lluvia del otoño.

Así la piedra gris se transubstancia
en blancura perfecta donde un nombre
puede el dedo inscribir enamorado.

¿Una sonrisa dulce me insinúan
los yertos labios puros, al rendirse
al beso de los copos que descienden?

¿La blanca mano se alza delicada?
¿Con un gesto saluda como novia
que ansía regalar su fresca dicha?

¿O me despide ya, cual si mis ojos
pudieran deshacer al contemplarla
su corona de azahar tal una espuma?

UN DÍA ME TENDRÉIS

A María de Gracia Ifach.

UN día me tendréis,
oh amigos invariables,
y estaré en vuestros brazos,
hecha savia vivísima.
Raptarán las raíces
que ocultáis en la tierra
el postrer arrebato
de mi sangre caliente.

Me asomaré a los cielos
a través de las flores
que han brotado en silencio,
cual mariposas bellas,
en las sensibles ramas.
Y mi espíritu—¡fuego!—
llameará en los crepúsculos,
como luz, como antorcha
que apagará la noche
con su fresco rocío.
Mis huesos, en el suelo,
sonarán melodiosos,
exhalando los júbilos
que no hallaron en vida.

CUANDO ESTE PINO GRIS

CUANDO este pino gris, más ceniciento
que los viejos recuerdos de mi alma,
sea escoria o tocón en la ladera,
¿en dónde estaré yo, podré llorarle?

¿Otros árboles, Dios, daránme sombra
en lejanos países que hoy ignoro,
sin poderlos soñar en esos viajes
que mis ojos inventan cada día?

¿Como este pino, yo, en cualquier tierra
del mundo esperaré que el rayo tale
mi follaje sin luz, tan desdichado
por no morir aquí, en este monte?

(Fuenfría.)

SUBIDA A LA MONTAÑA

A Enrique López Camino.

Con este niño subo,
Señor, desde la tierra.
Es hijo de mi alma,
un vivo sueño mío.
(Quizá será un antorcha
que brille sobre el mundo
o sólo un hombre manso,
un corazón sencillo,
que suavemente muera
después de quince lustros.)

¿Los pinos de las landas
murmuran un secreto?
¿Preguntan a los aires
el nombre de mi niño?
¿O cantan por mi boca
los himnos que te callo?
¿El manantial es música
que brota entre las piedras
para recreo tuyo,
oh Corzo de estas cimas?

Abajo está la hierba,
los dulces ternerillos...
Lejanas, las ciudades
ocultan su amargura.
Los hombres son hormigas...
¿Conducen el arado
o siegan la tristeza?
Aquí las formas huyen
y sólo reina el viento
que emana de Ti mismo.

Graciosas nubes áureas
valsean delicadas
en torno al ceño duro
de las desnudas rocas
que fulgen como espejos.
No hay nieve en este trono,
ni musgo sobre arena.

Granito berroqueño
nos alza como a pájaros
que ansían más altura.

¿Qué he de decir al niño,
Señor, que te he traído?
Disueltas las palabras
perecen en la atmósfera,
en este puro mundo
que no ha manchado nadie.
El sol reverberando,
me quema en la garganta
inútiles sonidos.
¡Oh Dios inexpresable!

Por mí las siete testas
se elevan como gritos
que claman a tu Gloria.
Se exaltan con las águilas,
volando al claro espacio
que nace de tu frente.
Como un cordero al niño,
mi Dios, aquí te ofrezco
con alma silenciosa:
recíbalo tu Gracia.

No es carne de mi carne.
Es una hojuela tierna
del árbol de mi espíritu

que crece pobremente,
sin sombra y sin follaje.
Acaso el niño sea,
Señor, la florecilla
que sola nazca y muera
en esta quieta rama
que a Ti se eleva triste.

(«Siete Picos». Sierra de Guadarrama.)

LAS ALMAS

I

SIN CÓDIGOS LAS ALMAS

SIN código las almas,
como el viento o los mares.

Sin leyes, en su esfera,
burlando lo tangible.

Sin jueces y sin vínculos,
de paso para el cielo.

Sin ti, sin mí, ya solas,
sin verse, liberadas.

TE HAS MARCHADO, SIN RUIDO

Te has marchado, sin ruido,
por soñadas aceras
que escapan de la vida.

El silencio, delante,
y la noche infinita
contándote los pasos.

Andas, andas; no llegas
al cenit deseado,
al aire que no empuja.

Y naufragas, lo sé,
en aquel mundo oscuro
que gozar anhelabas.

NO ME CONOCES TÚ

No me conoces tú,
ni te conozco,
tan esquivas las almas.

¡Qué miedo tras los ojos
de ya saber
quién eres tú, quién soy!

No quiero conocerte,
ni quieras tú
saber qué mundos llevo.

Ignorándote, invento
yo, cada noche,
el perfil de tus ojos.

¡No me conozcas tú,
ni te conozca,
para que el sueño viva!

VEN. EL AIRE NOS LLAMA

VEN. El aire nos llama
y la rosa que tiembla.

Y la luz, por encima,
clara y santa nos busca.

Todo es muestra de vida
en el dulce verano.

Ven. El aire y los pinos
nos ofrecen la dicha.

TU PUERTA SE ME ABRE

Tu puerta se me abre,
porque el viento lo quiere
y mi afán desmedido.

Tantas huellas oscuras,
tanto amor marchitado,
no parecen que existan.

¿Dónde yacen las quillas
de los barcos hundidos
en tu mar de recuerdos?

¿Y los signos, las voces
de olvidadas gargantas
de seres que te amaron?

UN MUNDO IRREVELADO

Un mundo irrevelado
tú ocultas en el pecho.

Un más allá de ti,
trémulamente inédito.

¡Y a su hondura no llegan
las manos de mi anhelo!

NO ERA YO QUIEN HABLABA

No era yo quien hablaba,
ni eras tú quien oía.

La noche mágica hizo
revelar lo indecible:

el hallarte, el hallarme,
sin pactos, bajo el cielo.

La suave noche dijo,
dictó su gran secreto,

a ti y a mí, sabiendo
el triunfo de su orden.

Las almas, confundidas,
rodaban por el aire.

Soles altos nos vieron
arder y consumirnos.

UN PAÍS ES TU ALMA

Un país es tu alma
que no habitan mis pájaros.

Es mejor que te sueñe
las costas, que imagine

el color de tus playas
y que invente sus nombres.

¡Ya me sobran los mapas,
la rosa de los vientos

y las menudas aves!
¿Tu país? Es mi sueño.

NO HAY CÁRCEL QUE TE SIRVA

No hay cárcel que te sirva
para guardarme el rapto.

Es libre y no se posa
ni en las más altas ramas.

¡No quieras retenerlo,
que volverá a evadirse!

Tu cárcel o tu mar
son prisiones de juego.

TU VOLUNTAD, QUERIENDO

Tu voluntad, queriendo,
me libera de ser
una piedra o el musgo.

Porque a veces me siento
sin afán de camino,
sin la gloria del hombre.

Queriendo tú, yo quiero,
y es fácil que en la noche
me adorne con estrellas.

Tu voluntad me guía
a los altos países
que no exigen retorno.

LA CENIZA

No avientes, alma mía,
la ceniza
que dejaron mis sueños.

Su testimonio puede,
mañana acaso, pronto,
sobrevivir nostalgias,

animar ceremonias
de invierno riguroso,
incitar a canciones.

La ceniza
no extingue, no, recuerdos:
labora, teje, yace.

La ceniza
se adhiere a la epidermis
para matar olvidos.

Y mi nombre,
quizá, detrás del tiempo,
se salve en la ceniza.

SUENAS COMO LA NOCHE

SUENAS como la noche.
Suenas tú como el árbol,
como suena la lluvia
o el corazón del viento.

Aunque no andes, suenas,
alma viva del aire,
sabiendo lo sonoro
y el rumor de la rosa.

Y, ya violín de céfiros,
suenas, resuenas, vibras,
callada, erecta, sola,
en un aula de música.

Suenas como la noche,
como la rosa, tú,
aunque tu sombra vague,
sin ti, por los caminos.

HALLADO PARAÍSO

HALLADO paraíso,
en un cruce del tiempo.

No ficción engañosa.
No lento simulacro.

Mi suelo, criatura,
la tierra de mis árboles.

Elegida, ayer mismo,
en los bosques de seres.

Exacta a la soñada,
el feliz doble vivo.

Espejo de mí misma
y centro de mi alma.

HUIR CONTIGO

HUIR contigo, alma,
de las vetustas urbes,
de los aciagos días.

Salir de estas provincias
en donde muere el aire
y en donde nos morimos.

¡Arder, allá, en la nieve!
(¡No hay gozo comparable,
prodigio de blancura!)

Huir de aquí, del fango,
de los retratos grises,
de la prisión del tiempo.

LAS ALMAS COMO RÍOS

Las almas como ríos
han de fluir por siempre.

(¡Que la tuya liberte
a la mía del cuerpo!

¡Y mi alma que irrumpa
en el tuyo cantando!)

¡Han de encontrarme, libres,
más allá de los días!

¡Y, después, como estrellas,
brillarán en lo alto!

II

¡MÁS ALTO!

«Más alto, amor, más alto.»
(J. R. J.)

En el cielo, amor, la cita
de mis ansias con mis ansias.
Aquí se quema la dicha
sin arder en luz o llama.

A fuerza de amor, de gozo,
a ciegas, ir en volandas,
sintiendo el mundo en las venas
y el propio ser en las alas.

¡Más alta, más, que lo eterno,
yazca mi vida mañana!
¡Por el aire, por el fuego
hermosamente impulsada!

¡Más alta, más, que los pájaros!
¡Más, más perfecta que el alba,
surja y resurja en el ímpetu
de ver a Dios en su calma!

El espacio, a la deriva,
perpetuándose de gracia,
cruzaré delgadamente
hasta llegar a su nada.

En el cielo, amor, la cita
de mis ansias con mis ansias.
En el cielo hallar la dicha
que se gasta aquí sin llama.

PLENITUD

Ya todo me sobra.
¡No vivo de nada!
La dicha me colma,
pues tengo mi alma.

¿La tierra y el cielo?
¿Ayer y mañana?
¿Me quiere el romero?
¿Me nacen las alas?

¿Me queman el cuerpo
con flor o con llama?
¿Me visten de invierno
con nieve y escarcha?

Ya todo me sobra.
¡No vivo de nada!
No llores, alondra,
pues tengo mi alma.

ALBA

¡VENTANA y luz en el pecho,
cielo que cruza miradas,
aire que viene y que sale
por la puerta de mi alma!

Los muros y el suelo—¡todo!—
caerán. ¡Y no habrá nada
que me limite los saltos,
el sueño, las esperanzas!

¡Desnuda! La noche honda
por encima de mi espalda.
¡Estrellas y más estrellas!
Mi cuerpo solo. ¿Y el alba?

El alba se enciende ahora.
Mi reino suyo es mi estancia.
Mi cuerpo solo, mi sangre.
¡El alba, pájaro, el alba!

NO ES EL AMOR

No es el amor antiguo
quien rodea mis ojos.
No es el olvido lento
quien llega o va volando.
No es aquella tristeza
conmovida de estatuas
o llorosa de luna.
No es la clara alegría.
No es la joven ternura
ni es el vivo deseo
de besar en silencio,
de morir de un abrazo.

No es el placer quien baja
y deshace las sombras
o el vestido de lluvias
que hay colgado en el muro.
Ni tampoco las aves
ni el delfín más inerme
que abandona el océano
por vivir entre hierbas.
No es el dulce murmullo,
el recuerdo de un bosque,
ni la dulce mirada
de una ciudad perdida.
No es la luz tan esbelta
ni tan huracanada
que nace junto al cielo
derribando los pájaros.
No es un adiós de césped,
ni enamoradas ansias
de amamantar a un niño
con leche mía o polen.
Soy yo, de primavera,
que sueño mi destino.
Soy yo, mujer de carne
mortal que ha de evadirse.
¡Soy yo, mujer de carne
arrebatado fuego
que sale de mi vida
para incendiar el mundo!

NOCTURNO

ASALTANDO, tu cuerpo
con su sombra me invade
el dormir de los ojos
y la forma del aire.
¿Tienes ramas de luto,
el amor, tristemente,
o caída amargura,
una luz en las sienes?
¿La pasión o el delirio,
como un agua o deseo,
un cristal exhalado,
sin historia naciendo?

Inconcreta, la sombra
con mi nombre, demonio,
ya combate, ya vibra,
en afán amoroso.
Un tormento de espadas
va cruzando el olvido
de secretos o goces
de mi sueño o destino.
O con alas o besos
vas y vienes desnudo,
burlando o no burlando
a mi arcángel oscuro.
Arrojado del cielo
o de un país sin nubes,
como un dios, como un niño,
a inmensa muchedumbre.
Porque, antiguas, mis lágrimas
con su mar o sus tumbas,
han poblado mi alcoba
de una suave ternura.

SIN ALMA

¡Ay!, el alma se cierra ante las cosas
que mis ojos, Amor, apenas miran,
que apenas estas manos con su roce
presienten en la sombra del instante.

No sé guardarla en mí. ¿Por dónde vaga?
¿En vuelo oculto un ángel te la lleva,
dejándome sin ella, desvalida?
¿La escondes en tu pecho como rosa?

No sé vibrar sin ti... Dos cuerdas éramos
del gran arco de Dios, una voz sola.
Nos tañía el Señor... ¡Oh, dulce canto
perdido o apagado en la distancia!

Me has cegado los ojos. Casi muertos,
te buscan por el aire... Labios, flores,
se asoman a su espejo, como engaños.
Mis dedos son de arena y nada sienten.

Un cuerpo sin su alma se deshace,
es cadáver sin rumbo por el mundo.
Tengo miedo de mí: la carne mía
¿es ceniza o es nieve que me sigue?

¡Devuélveme mi ser! ¡Sí, dame el alma
que guardas en tu pecho como un pájaro!
Puedes traerla tú... Aquí te espero...
¡Ya tiembla el corazón! ¿Estás más cerca?

TU DÁDIVA DE ESPUMA

Tu dádiva de espuma,
ya temblando, conmigo,
en el nuevo preludio.

Arco de ti a mí,
su dulce pie ligero,
transverberando olvido.

Si espuma, si luz, si aire,
en torno, velozmente,
sin origen seguro.

Prolongación de un alba
—¿vivida, trasoñada?—
en vuelo hacia otro mundo,

¡Convergemos! Nos salva
esa flor cenital,
ese ardor de la dicha.

Sin desliz, sin azares,
las vidas se reúnen
en un agua sin límites.

Son río, son paisaje
que fluye y se renueva
en ansia de otros cielos.

TORMENTA

ESTABA el alma en paz en su retiro.
Las voces, lejos, muertas, olvidadas.
Sueños dulces pasaban por la frente:
el sostenido amor brillaba dentro.

Mas, de pronto, los rayos, la tormenta:
arrebatadas aguas al galope
pasaron por las venas, por los ojos,
exaltando las sienes, las palabras.

Ni silencio, ni amor, ni esa ternura
del quedo desvarío acostumbrado.
Otras almas llegaban, azotando
la dolorida almena del ser íntimo.

Fuego bronco, en defensa, brotó puro
para salvar la rosa que cortaban.
Ardió todo, rugiendo, al desplomarse
la torre del amor, la paz serena.

INÚTIL VUELO

MIRAD: ahí va la alondra como un alma,
a gozar de los aires, sin tristeza,
de las brisas más claras de la altura.

Así quisiera yo volar al cielo,
para entrever a Dios en su gran círculo,
final redil, hermoso bien sin tregua.

Madura soledad que nadie toca
en la luz amarilla de la tarde,
en el oscuro centro de la noche.

Pero abandono al viento mi cintura,
mi vivo corazón enamorado:
el aire no me lleva..., yo suspiro.

Débiles alas, ¡ay!, que no me sirven
para cruzar la niebla. Dios es vértice,
inalcanzable cima de otra esfera.

CIUDAD SOÑADA

CUANDO, Señor, me beses con tu beso
final—el de mi muerte—, sea llave
tu beso de esa luz que aquí he soñado
más allá de mí misma y de los hombres.

Pise yo avenidas de hermosura
y jardines sin odio ni tristeza.
Vague mi alma dichosa por el reino
donde todo revela su secreto.

¡No haya sombras allí ni crueles máscaras
que oculten la verdad de cada vida!
(¡Oh belleza real y no apariencia!
¡Oh la pura unidad integradora!)

¡No haya muros allí! ¡El cielo claro
sea arena sin cuerpo que sustente
esa bella ciudad que no es del mundo!
¡No haya torres, Señor! ¡Tan sólo el aire!

(¿La has creado, mi Dios, en tus esferas?
¿Es la nube colmada de tu lluvia?
¿O es relámpago breve que entreveo
en un sueño de amor y de esperanza?)

Con tu beso final cruce la puerta
de esa inmensa ciudad que te rodea.
¡Vea yo, sin mis ojos, la armonía
que he buscado en la tierra inútilmente!

III

COMO FLORES LAS ALMAS

Como flores las almas
van abriendo su vida.
(¿Es jardín este mundo?
¿Eres, Dios, hortelano?)

Hay, primero, un instante
de rubor o de miedo.
Cual capullo se cierra
hacia dentro el espíritu.

Mas, después, un contacto,
una dulce palabra,
el candor, el suspiro,
realiza el milagro.

Los enigmas se vuelven
claras luces gozosas.
Y los ojos se miran,
sin cansarse, despacio.

EL ALMA, INFORME NIÑO

¿El alma, informe niño,
al fin, al fin se evade
de los humanos lienzos,
de aquella triste cuna?

¿Casi luz, casi pájaro,
albas nubes asciende,
serpeante, radiosa,
virginal, increada?

¿Busca arriba su origen,
en el reino celeste?
¿O la mano divina
que la puso en el mundo?

¿Se revierte? ¿Trasluce?
¿O divaga, regresa
a su centro, a sus cúmulos,
a su nada, por siempre?

EL CUERPO, COMO UN FOSO

El cuerpo, como un foso.
El alma, prisionera
de corruptibles huesos
y de cenizas grises.

¡No ser pasiva escoria!
¡Romper, romper los muros!
¡Oh plenitud! ¡Oh éxtasis!
¡Ya fuera de lo póstumo!

¡Librarse del sudario!
¡No serpear! ¡En vuelo
burlar a la materia
y desasir sus vínculos!

¡Originales cielos
hallar sin sus arcángeles!
¡La luz ortal, la dicha
y el cegador relámpago!

POR QUÉ LLEGAN LAS ALMAS

¿Por qué llegan las almas
a ser cuerpos, presencias?
¿Por qué ocupan las sillas
y los grises rincones?

¿Por qué lloran, maldicen,
se retuercen, blasfeman?
¿Por qué hablan, repiten
ciegas frases y nombres?

¿No son cajas vacías?
¿No son trajes sin huésped?
¡Algo triste que flota!
¡Algo triste, con muerte!

LENTAMENTE LA GRAVE MELODÍA

LENTAMENTE la grave melodía
en ondas viene y va y se desliza,
avanza, retrocede, va a morirse,
pero luego renace: aún ondula...

Acompasada, el alma es movimiento
de ese íntimo mar que se remansa
en concéntricos círculos, en lagos
que son muerte quizá o simple dicha.

Así, el corazón interiormente
descúbrese mil mundos ignorados:
irreales extremos que se sueñan
en fugas o preludios, no en la brisa.

LAS MIRADAS

A VECES, por su mundo, como nubes,
las miradas se alejan de nosotros.
Se van solas, llorando, desasidas
de cuanto era una forma para el ojo.

El alma quiere huir detrás de ellas,
por un secreto amor quizá llamada,
por lejanos adioses o trasuntos
de cien perdidas sombras y nostalgias.

A veces, puede el viento desprenderla
de la carne mortal, su vestidura.
Sin materia, es un pájaro, es el humo
que nada y que trasnada en ciegas lluvias.

Sólo entonces el ser ya reconoce
que es de estirpe celeste, puro anhelo:
cual hermosura rauda al fin se evade,
detrás de las miradas, sin esfuerzo.

NO TEMPESTAD

Si chispas, si relámpagos,
fugaces llamaradas
sombrías nieblas cruzan
ansiando nuevos soles.

¿Son almas? ¿Su recuerdo?
¿El rastro que dibujan?
¿Anuncios o vestigios
de una instantánea aurora?

¡No tempestad! ¡No rayos
ni huracanadas lluvias!
¡Ni eléctricos encuentros
de opuestas fuerzas libres!

Unidas en su vórtice,
las almas, ¡sí!, en contacto.
Aquellas que en la tierra
a verse no llegaron.

Por fin, por fin las miro
chocar, interasirse,
remontar y perderse
en estos vastos cielos.

TRASCIELO

Las invernales nubes—torbellino
donde el viento no acierta a ordenarse,
sino a flotar exánime—vislumbran
relámpagos radiosos, luces áureas
de un trascielo feliz, iluminado.

¿Los ángeles derivan o se asoman?
¿Espíritus fugaces que el retorno
al mundo sueñan? ¿Pájaros que mienten
alas, plumajes vivos, circulando

sobre unas aguas leves todavía
increadas, celestes, fluidoras,
o densas como rocas espectrales,
en el paisaje-luz de las alturas?

¿Son acaso los puros resplandores
de las almas errantes que desean
volver a contemplarse en frescos ojos,
amados y besados en la ausencia?

Espíritus en llama, tristes pájaros,
luminosos atisbos de otras cimas,
personajes sin nombre de otros aires
sin aire declarado, vagas sombras...

Nada sé. Negras nubes velocísimas
o en final palidez así me fingen
raudas chispas que asaltan los ropajes,
raras formas alzadas en sus cúmulos.

LOS ASTROS

DEJAD, dejad que os mire,
veloces frutos ígneos
de otros soles más altos.
¡Supremas transparencias,
incorruptas, incólumes!

¿Prodigiosas visiones
de Dios puro? ¿O esencias
que huyeron de la tierra
—la mortecina antípoda—
a su cenit, en cúmulos?

¿Beatitud, arriba?
¿Inerme luz, en rapto,
o rocas luminosas,
esferas, por los aires
no volados por nadie?

¿Del albor de los mundos
sois origen, recuerdo?
¡En los cielos, clavados,
orbes de luz, diamantes,
ardéis siglo tras siglo!

¿No habéis visto la muerte?
¿Conocéis los tiranos
y los siervos que labran
viejas tierras sedientas?
¿Nos veis aquí llorando?

Nuestra pobre alegría
es, a veces, centella
que vuestra luz imita
apenas levemente
cuando el amor renace.

El miraros de noche
es dulcísima aurora
cuando el dolor nos rompe
con su grito los sueños.
Contemplaros es éxtasis.

¡Brillad, brillad, oh astros!
¡Arded, arded por siempre,
sin pena, en lo más alto!
¡Que al menos nuestros ojos
a vuestra luz aspiren!

Serena, inmarchitable,
los vientos no la alcanzan.
Sin ella, nuestro mundo
sería en el espacio
un gran carbunclo negro.

INDICE

Págs.

La hermosura sencilla 9

LAS COSAS

Las cosas 13
Silla 14
Jarra 15
Plato con frutas de España 16
Velón 17
Cenicero 18
Caja de porcelana 19
Alcuza 20
Copa 21
La manzana partida 22
Tapiz 23

Págs.

Miniatura 24
Lámpara 25
Mesa 26
Estatua 27
Cardos de Castilla 29
Agua en el vaso 31
Cesta con ropa blanca 33
Cuadro 35
Papeles de música 37
Muñeca 39
Album 41
Cartas 43
Mascarilla 45
Flauta 46
Reloj 47
Flores secas 48

LOS ANIMALES

Lombriz 51
Ardilla 53
Potro del Oeste 55
Buey 57
Gato 59
Perro 61

LOS BOSQUES Y LAS MONTAÑAS

Antepasados 67
Padre 69
Madre 71
Elegía a un manzano 73
Hoy desdeña las flores 77
A una violeta 79
En dónde, hierba mía, cuando nieve 83
Con las primeras nieves 85
Un día me tendréis 87
Cuando este pino gris 89
Subida a la montaña 91

LAS ALMAS

I

Págs.

Sin códigos las almas 99
Te has marchado, sin ruido 100
No me conoces tú 101
Ven. El aire nos llama 103
Tu puerta se me abre 104
Un mundo irrevelado 105
No era yo quien hablaba 107
Un país es tu alma 109
No hay cárcel que te sirva 110
Tu voluntad, queriendo 111
La ceniza 113
Suenas como la noche 115
Hallado paraíso 117
Huir contigo 118
Las almas como ríos 119

II

¡Más alto! 123
Plenitud 125
Alba 127
No es el amor 129
Nocturno 131
Sin alma 133
Tu dádiva de espuma 135
Tormenta 137
Inútil vuelo 139
Ciudad soñada 141

III

Como las flores las almas 145
El alma, informe niño 147
El cuerpo, como un foso 149
Por qué llegan las almas 151
Lentamente la grave melodía 152
Las miradas 153
No tempestad 155
Trascielo 157
Los astros 159

OBRAS
DE
CONCHA ZARDOYA

POESIA

Pájaros del Nuevo Mundo.—Madrid, «Adonais», XXVII, Editorial Hispánica, 1946.

Dominio del llanto (accésit del Premio «Adonais» 1947).—Madrid, «Adonais», XLI, 1947.

TRADUCCIONES

WALT WHITMAN: *Cantando a la Primavera* (traducción y prologo).—Madrid, «Adonais», XV, Editorial Hispánica, 1945.

WALT WHITMAN: *Obras escogidas* (ensayo biográfico-crítico, versión, notas y bibliografía).—Madrid, M. Aguilar, 1946.

CHARLES MORGAN: *Imágenes en un espejo,* II.—Barcelona, José Janés, editor, 1949.

CUENTOS
(Con el seudónimo «Concha de Salamanca»)

Cuentos del antiguo Nilo. Las dos tierras de Hapi.—Madrid, M. Aguilar, 1944.

DE PROXIMA PUBLICACION

Los signos (poesía).—Accésit del Premio «Ifach» 1952.

El desterrado ensueño (poesía).

De una a otra orilla (ensayos).

Historia de la literatura norteamericana (1607-1950).

Miguel Hernández. Vida y obra. Bibliografía. Antología

LA HERMOSURA SENCILLA, libro de poesías de CONCHA ZARDOYA, *se acabó de imprimir en Madrid el día 30 de mayo de 1953 por* MARTO, *Artes Gráficas, Rodríguez San Pedro, 33, habiendo cuidado de la edición el poeta* RICARDO BLASCO.